



Luz y oscuridad



Natsume Sōseki

Traducción del japonés a cargo de
Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Postfacio a cargo de
Kenzaburō Ōe



IMPEDIMENTA



Título original: 明暗 (*Meian*)

Primera edición en Impedimenta: septiembre de 2013

Copyright de la traducción © Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, 2013
Meian no Kozo by Kenzaburō Ōe. Copyright © Kenzaburō Ōe, 1988, used by permission of
The Wylie Agency (UK) Limited
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2013
Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

La edición de este libro ha contado con una Ayuda a la Traducción y la Edición
concedida por la Japan Foundation.



JAPANFOUNDATION 国際交流基金

ISBN: 978-84-15578-94-9

Depósito Legal: M-25416-2013

Impresión: Kadmos
Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PERSONAJES DE LA NOVELA



YOSHIO TSUDA: Joven oficinista. Casado con O-Nobu desde hace seis meses.

O-NOBU (NOBUKO): su mujer.

O-TOKI: la criada del matrimonio.

EL PADRE DE TSUDA: Vive en Kioto. Le envía dinero mensualmente a su hijo.

YOSHIKAWA: superior jerárquico de Tsuda en el trabajo. Es un viejo amigo de su padre.

SEÑORA YOSHIKAWA: su esposa, una mujer mundana.

FUJII: el tío de Tsuda. Un intelectual bastante poco activo que se hizo cargo de la educación de Tsuda.

ASA FUJII: su mujer.

OKAMOTO: marido de la tía de O-Nobu con cuya acomodada familia se ha criado. Amigo desde hace mucho tiempo de Yoshikawa.

SUMI OKAMOTO: su mujer, la tía de O-Nobu.

TSUGIKO OKAMOTO: la hija mayor del matrimonio.

YURIKO OKAMOTO: hermana pequeña de Tsugiko.

HAJIME OKAMOTO: el hijo menor de la familia.

O-KIN: criada de la familia Fujii. Está en edad casadera. Es la hermana de Kobayashi.

KOBAYASHI: compañero de estudios de Tsuda.

O-HIDE (HIDEKO) HORI: hermana de Tsuda.

SHOTARO HORI: su marido, un libertino.

HARA: un pintor pobre. Amigo de Kobayashi.

KIYOKO SEKI: el primer amor de Tsuda. Ya casada.

Luz y oscuridad

I

EL DOCTOR AYUDÓ A TSUDA a bajar de la mesa de operaciones. Acababa de examinarle con la sonda.

—Como me imaginaba, llega hasta el intestino. La última vez encontré unas cuantas cicatrices en el tejido intermedio y pensé que no iría a más. Por eso le dije lo que le dije. Sin embargo, hoy me he dado cuenta de que ha traspasado ese punto.

—¿Dice que llega hasta el intestino?

—Sí. En un principio pensé que tan solo mediría un centímetro y medio, pero veo que me equivoqué. Al menos es el doble.

En la amarga sonrisa de Tsuda se dibujó una sombra de decepción. El doctor inclinó ligeramente la cabeza y cruzó los brazos sobre su amplia bata blanca. Su pose podía interpretarse como si le dijera: «Lo siento mucho. Así están las cosas. No hay nada que se pueda hacer. Como usted bien sabe, un médico no puede mentir sobre estas cosas».

Tsuda se ciñó el *obi*¹ sin decir una palabra, alcanzó la *hakama*² que había dejado sobre el respaldo de la silla y se volvió hacia el doctor:

1. *Obi*: cinturón para ceñir el quimono tanto de hombre como de mujer.
2. *Hakama*: pantalón para quimono de hombre.

—Si la lesión es tan profunda como dice, ¿significa eso que no me voy a curar?

—No, no necesariamente...

El doctor rebatió a Tsuda de forma directa y sencilla, como si quisiera disipar sus temores.

—Ya no bastará con que me limite a limpiarle el ano, como he hecho hasta ahora. De seguir así, la herida nunca cerrará. No me queda más remedio que cambiar el tratamiento. Debo operarle sin más dilación para cortar el problema de raíz.

—¿A qué se refiere exactamente cuando dice cortar el problema de raíz?

—Una incisión. A hacer una incisión para unir una sonda al intestino. Al hacerlo, las dos partes que ahora están separadas se soldarán de forma natural, de manera que se curará usted de una vez por todas.

Tsuda asintió en silencio. Cerca de él, bajo la ventana orientada al sur, había un microscopio colocado sobre una mesa alta de estilo occidental. Como ya disfrutaba de cierta intimidad con el doctor, nada más entrar en la consulta le había pedido permiso para curiosear y a través de la lente de ochocientos cincuenta aumentos vio, con la misma nitidez que si estuviese ante una fotografía, una bacteria coloreada con la forma de un racimo de uvas.

Terminó de ponerse la *hakama*, recogió la cartera de cuero que había dejado sobre la mesa y entonces, como por pura casualidad, se acordó de la bacteria. La asociación de ideas le inquietó. Se guardó la cartera en el bolsillo interior del quimono. Cuando se disponía a salir de la consulta, vaciló un momento.

—Si se tratase de tuberculosis, por mucho que me operase para arrancar el mal de raíz, como usted dice, y cortase hasta el intestino, no me recuperaría del todo, ¿verdad?

—Si se tratase de tuberculosis no habría nada que hacer, pues la herida no dejaría de abrirse. No serviría de nada curar únicamente la parte más superficial.

Tsuda frunció el ceño involuntariamente.

—¿No es tuberculosis, verdad?

—No. Ese no es su caso.

Para tratar de descubrir hasta donde llegaba la verdad de sus palabras,

Tsuda miró al doctor fijamente a los ojos durante unos instantes. El doctor ni se inmutó.

—¿Cómo puede usted estar tan seguro con un simple examen rutinario?

—Así es. Me basta con examinarle. Fíese de mí.

La enfermera esperaba ya en el umbral de la puerta. Llamó por su nombre al siguiente paciente, que entró justo en cuanto Tsuda atravesó la puerta. Tendría que irse, qué remedio. Pero antes se volvió por última vez.

—Entonces, ¿cuándo podrá usted operarme?

—No hay prisa. Cuando le venga a usted bien.

Así que pensó en el día más oportuno y cerró la cita. Después salió de la consulta.

2

NADA MÁS SUBIR AL TRANVÍA, notó que las fuerzas le abandonaban. A pesar de que el vehículo iba tan lleno que apenas podía moverse, se descubrió incapaz de pensar en otra cosa que en sí mismo. Se agarró a la correa de cuero del pasamanos y entonces a su mente, con toda nitidez, acudieron escenas de intenso dolor, que se remontaban a un año atrás. Vislumbró su desdichada figura tendida sobre una cama blanca, escuchó sus gemidos, como los de un perro incapaz de zafarse de la cadena que le retiene. El gélido brillo de las cuchillas, el sonido que producían al chocar entre ellas, la terrible y súbita presión capaz de exprimir hasta la última gota de aire de sus pulmones, el dolor, el violento e interminable dolor que le impedía llenarlos de nuevo... Recuerdos que le asaltaron de improviso sin que pudiera hacer nada por evitarlos.

Sintió un profundo malestar. Miró a su alrededor: todos los que le rodeaban parecían indiferentes a su sufrimiento. «¿Por qué razón tuve que soportar todo aquello?», se preguntó.

No tenía la más mínima idea de por qué había empezado todo, de cuál era la causa de su mal. La enfermedad le había atacado sin previo aviso un

día en que regresaba a casa tras contemplar la floración de los cerezos en las riberas del río Arakawa. El origen de la dolencia que le afligía parecía estar más allá de su conocimiento. Era más que un enigma para él: era algo que le aterraba.

«No existe forma de saber, de prever cuándo se operará un cambio súbito en el cuerpo de uno. Peor aún, quizá en este mismo instante esté sucediendo algo en mi interior y puede que yo ni siquiera me esté dando cuenta de nada. Da pánico pensarlo...»

La cabeza le daba vueltas y más vueltas. No era capaz de detenerla. Sentía como si una enorme fuerza le empujara de atrás hacia delante, como si lo impulsara a caer. En lo más profundo de su ser escuchó una voz que le decía: «En las cosas del amor sucede exactamente lo mismo. Nunca sabemos exactamente cuándo cambiarán nuestros sentimientos. En cambio, yo sí que me di cuenta cuando sucedió».

Apretó los labios involuntariamente y miró a su alrededor con los ojos de una persona con el orgullo herido. Los demás pasajeros, sin embargo, no podían saber nada de lo que bullía en su interior. Nadie parecía prestar atención a sus cuitas.

Parecía que su mente, como el tranvía en el que viajaba, avanzaba sobre sus propias vías. Se acordó de una historia que le habían contado sobre el filósofo francés Poincaré. Había sido dos días antes, cuando un amigo suyo trataba de explicarle el significado de la palabra «casualidad»: «A menudo decimos que algo es una casualidad, pero casualidad, según la teoría de Poincaré, es el término que utilizamos cuando las causas son demasiado complejas como para poder descubrirlas o entenderlas. Por ejemplo, para que naciese Napoleón se necesitaba cierta combinación específica entre un óvulo y un espermatozoide, pero cuando tratamos de descubrir todos los elementos imprescindibles para que se dieran esas condiciones, la tarea se convierte virtualmente en un imposible».

No quería tomarse la anécdota de su amigo como un pasatiempo, que le entrase por un oído y le saliese por el otro. Buscaba la forma de aplicarla a su caso particular y, al hacerlo, tenía la impresión de que una fuerza oscura y misteriosa le empujaba hacia la izquierda cuando en realidad tenía que ir a la derecha; le obligaba a retroceder cuando debía avanzar. Hasta entonces, nunca se había sentido coartado por nada ni por nadie en sus

acciones, nunca había dudado de que todo lo que decía y hacía era el puro resultado de su voluntad.

«¿Por qué tuvo que casarse con él? Sin duda porque quería. Sin embargo, no debería haberlo hecho. ¿Y por qué tuve que casarme yo con esta mujer? Porque quise, igual que ella, aunque nunca pensé que lo haría. ¿Casualidad? ¿La consumación de la complejidad, como asegura Poincaré? No tengo ni idea.»

Y así, sin abandonar esos pensamientos que tan confuso le tenían, se apeó del tranvía y se encaminó en dirección a su casa.

3

NADA MÁS DOBLAR LA ESQUINA y enfilar por el estrecho callejón, Tsuda reconoció la figura de su mujer junto a la puerta. Estaba mirando en dirección a él, pero en cuanto le vio aparecer giró la cabeza. Levantó su delicada mano blanca a la altura de los ojos para darse sombra, e hizo como si estuviera interesada en algo. No cambió el gesto hasta que Tsuda llegó a su lado.

—¿Qué miras?

Al escucharle, la mujer se volvió hacia él, como si la hubiera sorprendido.

—¡Ay, qué susto! Ya has vuelto.

Sus ojos refulgieron con todo su brillo. Se inclinó ligeramente con una reverencia. Tsuda quiso responder a su coquetería, pero vaciló y al final se contuvo.

—¿Qué demonios haces aquí fuera?

—Te esperaba.

—¿Y qué mirabas tan interesada?

—Esos gorriones de allí. Están haciendo un nido en el alero del segundo piso de la casa de enfrente.

Tsuda miró de soslayo al tejado, pero no vio nada que se pareciese remotamente a un gorrión. Su mujer extendió la mano.

—¿Quieres algo? —preguntó Tsuda.

—Tu bastón.

Fingió que acababa de darse cuenta de que lo llevaba. Ella se le adelantó, le abrió la puerta y le dejó pasar en primer lugar. Le siguió al interior de la casa, le ayudó a cambiarse de ropa y, cuando estaba a punto de sentarse junto al brasero, salió de la cocina con una pastilla de jabón y una toalla.

—¿Por qué no vas a darte un baño? Si te sientas luego te dará pereza.

Sin más opción que obedecer, Tsuda extendió la mano para alcanzar la toalla. Sin embargo, no se levantó en seguida de su sitio.

—Quizá no vaya hoy a bañarme.

—¿Por qué no? Te sentará bien. La cena estará lista cuando vuelvas.

Así que no le quedó más remedio que levantarse. Antes de salir de la habitación, se dirigió de nuevo a su mujer:

—Al salir del trabajo he ido a que me examinase el doctor Kobayashi.

—¿En serio? ¿Qué te ha dicho? Creía que ya te habías recuperado.

—La verdad es que no. De hecho, la cosa se ha complicado.

Y salió de casa sin responder a las preguntas de su mujer que, obviamente, quería saber más del asunto. El mismo tema volvió a salir nada más terminar de cenar, bien entrada ya la noche, justo antes de que Tsuda se retirase a su estudio.

—Que te operen no debe de ser agradable. Da miedo solo de pensarlo. ¿No podría dejar ese doctor que siguieras como hasta ahora?

—En su opinión no hacer nada sería aún más peligroso.

—No me gusta la idea de que te operen. ¿Y si algo sale mal?

Miró a su marido. Enarcó ligeramente sus cejas. Las tenía bien formadas. Tsuda se rio, pero no respondió. Su mujer le dijo entonces, como si acabase de reparar en ello por pura casualidad:

—Si tienes que operarte, supongo que caerá en domingo, ¿verdad?

Unos familiares suyos les habían invitado al teatro al domingo siguiente.

—No pasa nada si rechazas la invitación. Aún no han reservado los asientos.

—Pero eso sería de muy mala educación. Encima de que se han tomado la molestia de invitarnos.

—No lo creo. Tenemos una buena razón para declinar su ofrecimiento.

—Pero a mí me gustaría ir.

—Si quieres ir tú, adelante.

—Precisamente por eso. Ven tú también. ¿No te apetece?

Al contemplar la cara de su mujer, Tsuda no pudo reprimir una amarga sonrisa.

4

LA MUJER DE TSUDA tenía la piel muy blanca, lo cual hacía que sus cejas tan bien proporcionadas destacasen especialmente en el conjunto de la cara. Tenía, además, la costumbre de moverlas mucho. Por desgracia, sus ojos eran demasiado rasgados y sus párpados no poseían ningún atractivo. Sin embargo, de su mirada emanaba un fulgor de un negro profundo y ella sabía sacarle buen partido. De vez en cuando incluso, adquirirían una expresión que podía calificarse de despótica. Sin darse cuenta, Tsuda se dejaba atrapar en ocasiones por la luz que nacía en aquellos pequeños ojos. Otras, en cambio, sin ninguna razón particular, le repelían. Levantó la vista, miró a su mujer y, en un destello fugaz, observó que poseían una extraña fuerza. Su brillo singular no armonizaba con las dulces palabras que había pronunciado hasta ese momento. Trató de pensar en una respuesta adecuada, pero su mente había quedado obnubilada por la fuerza de aquella mirada. Ella sonrió descubriendo unos hermosos dientes perfectamente alineados. En ese mismo instante, la expresión de su mirada se desvaneció.

—Es broma, el teatro no me importa... Me he comportado como una niña caprichosa.

Tsuda guardó silencio. No podía dejar de mirarla.

—¿Por qué me miras con esa cara tan seria...? —continuó ella—. Ya he renunciado al teatro. Hala, vete a ver al doctor Kobayashi y que te opere. ¿Eso es lo que quieres, no? En un par de días escribiré a los Okamoto. O mejor, iré yo misma a verles.

—Ya que nos han invitado, ve tú al menos a la función.

—No, no voy a ir. Es más importante tu salud que una obra de teatro.

Finalmente, a Tsuda no le quedó más remedio que sincerarse con su mujer y explicarle los detalles de la operación a la que iban a someterle.

—Una operación así no es algo tan simple como sajar un forúnculo. Antes de nada, tienen que administrarme un laxante para limpiar por completo los intestinos. Después de que me corten, corro el riesgo de desangrarme por lo que me tienen que colocar un drenaje y debo guardar cama cinco o seis días. Aunque decida operarme el domingo que viene, no te creas que me libraré de tener que faltar a mis obligaciones durante la semana. Si lo pospongo al lunes o al martes no hay mucha diferencia. Si lo adelanto, y me opero mañana o pasado mañana, es lo mismo. Visto desde esa perspectiva, al menos, no parece una cosa tan grave...

—No sé, la verdad. Si tienes que guardar cama durante una semana sin moverte...

La mujer de Tsuda arqueó las cejas. Tsuda, indiferente a su comentario, estaba a otra cosa. Apoyó el codo derecho sobre el borde de la mesa del brasero. Se quedó absorto en la tapa de la tetera de hierro que había encimado y escuchó el borboteo del agua que hervía dentro.

—En ese caso, tendrás que pedir una semana de permiso en el trabajo.

—Sí. Tengo que arreglar las cosas con el señor Yoshikawa y decidir la fecha. No creo que pase nada si me tomo unos días libres sin decir nada, pero prefiero hacer las cosas como es debido.

—Sí, mejor habla con él a ver qué te dice. Después de todo, siempre se ha comportado muy bien contigo.

—Seguro que en cuanto se lo diga me obligará a ingresar inmediatamente.

Al escuchar la palabra «ingresar», ella abrió todo cuanto pudo sus ojos rasgados.

—¿Ingresar? No vas a ingresar, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—¿No dijiste que el doctor Kobayashi pasaba consulta en una clínica y que sus pacientes no ingresaban?

—Bueno, cierto, no es un hospital al uso, pero disponen de una habitación en la planta de arriba y el doctor me dijo que puedo quedarme allí durante todo el tiempo de mi convalecencia.

—¿Está limpia?

Tsuda sonrió amargamente a su mujer.

—Puede que incluso más limpia que nuestra propia casa.

En esa ocasión le correspondió a ella devolverle un gesto amargo mezclado con su sonrisa de circunstancias.

5

TSUDA TENÍA LA COSTUMBRE de pasar una o dos horas en su estudio antes de irse a dormir. Se levantó y dejó a su mujer cómodamente sentada junto al brasero.

—¿Vas a estudiar otra vez? —le preguntó ella sin dejar de mirarle.

Siempre repetía la misma pregunta en cuanto su marido se ponía en pie, y Tsuda no podía evitar percibir en ella un tono de insatisfacción. A veces quería halagarla por su actitud; otras, en cambio, quería escapar de su lado por pura aversión, a pesar de que no lo quería reconocer abiertamente. En cualquier caso, tenía una vaga conciencia de que la menospreciaba con su actitud, como si cada vez que lo hacía le estuviera diciendo: «No puedo perder el tiempo con una mujer tan insulsa como tú. Tengo cosas mucho más importantes que hacer».

Abrió el *fusuma*³ y en el preciso momento en el que estaba a punto de pasar a la habitación contigua, ella dijo:

—Entonces, dejamos lo del teatro, ¿verdad? Iré a ver a los Okamoto para disculparme.

Tsuda se giró a medias.

—Ya te he dicho que vayas si quieres al teatro. Ni yo sé lo que va a pasar.

Ella no le miró a la cara. Tampoco le contestó. La empinada escalera que llevaba al piso de arriba crujió bajo los pasos de Tsuda.

Sobre la mesa del estudio había un libro relativamente grueso de un autor occidental. Nada más sentarse, lo abrió y comenzó a leer a partir

3. *Fusuma*: tabiques móviles para separar las estancias en la casa tradicional japonesa.

de la señal que había dejado la última vez. Había abandonado su lectura durante tres o cuatro días, por lo que le costó trabajo empezar a comprender el sentido del pasaje. Se sentía molesto por la perspectiva de tener que releer todo el capítulo para retomar el hilo. Acarició el lomo con los dedos, como si el propio grosor del volumen tuviera el efecto de sumirle en un profundo tedio. Se preguntó cuánto tiempo le llevaría terminarlo. Recordaba perfectamente el momento en que lo había abierto por primera vez. Sería tres o cuatro meses después de contraer matrimonio. Desde entonces, ya habían pasado al menos otros dos y ni siquiera había logrado completar dos tercios de la obra. Cuando estaba delante de su mujer, solía ridiculizar a los hombres necios y vulgares que, según él, se alejaban de los libros en cuanto empezaban a trabajar. Ella escuchaba una y otra vez el mismo comentario, y a base de repetirlo se había convertido en una especie de letanía. Tsuda supuso que su mujer pensaría de él que debía de ser un verdadero estudioso, habida cuenta de la cantidad de tiempo que pasaba encerrado en su estudio del piso de arriba.

Además de la constatación de lo que aún le quedaba por leer, surgió en Tsuda un sentimiento de vergüenza que tuvo el curioso efecto de alentar su orgullo, a pesar de darse cuenta de que los conocimientos que se esforzaba por aprehender de aquel libro abierto frente a él no le serían de ninguna utilidad en su vida diaria. Era un texto demasiado especializado, incluso podría decirse que excesivamente erudito. Ni siquiera lo que había aprendido en la universidad le servía ni guardaba relación alguna con el trabajo que desempeñaba. Así que menos aquella lectura. Quizá lo único que quería conseguir leyendo ese libro era reafirmar su autoestima, levantar ese libro como si fuera un decorado para llamar la atención de los demás sobre su valía. Sin embargo, al tomar conciencia de la dificultad de la tarea que se había impuesto, no le quedó más remedio que preguntarle a su orgullo: «¿Las cosas no son tan fáciles como parecen, verdad?».

Se fumó un cigarrillo en silencio. Dejó el libro boca abajo y se levantó como si se acabara de acordar de algo. Bajó aprisa. La escalera crujió de nuevo bajo sus pies.